

La Muerte se puso mi rostro

El sonido que lo empezó todo fue tan leve que casi podría llamarlo silencio. Por supuesto que lo oí y me desperté: yo no era ningún recién llegado. Faltaba poco para que las primeras canas asomasen, y había sido educado para mi cargo desde mi nacimiento, como un príncipe para su trono. Aunque -eso sí- los demás tampoco habían sido pesos-pluma: Carpenter, Vázquez, Skiovak, Bronzelli. Todos ellos hombres duros, todos ellos muertos. Y yo no tenía miedo, porque Manilal Kiffiru nunca fue un cobarde, pero me sentí solo. Echaba de menos a mi padre y al padre de mi padre, que me habían hecho el hombre que era, y que no estaban allí esta vez.

Sin embargo, los Kiffiru no se habían convertido en una familia poderosa mediante lamentaciones, y aquella no era la primera vez que yo tenía que defender mi vida. Me incorporé lentamente entre las sábanas de seda y mi mano se deslizó hasta la mesilla. Las Magnum siempre fueron mis favoritas: me daban un aire tan elegante, tan apropiado...

Volví a oír el crujido que me había hecho despertar. Desde luego que había sido un paso: un paso en mi jardín. ¿Dónde estaban los perros guardianes? ¿Dónde estaban los vigilantes? No pude evitar acariciarme el bigote y luego la suave barba que me recorría sólo los bordes de las mandíbulas. No es que estuviera nervioso. Fue sólo un reflejo. El espejo de mi armario me enseñó a un hombre de innegable ascendencia hindú que no aparentaba sus cuarenta años, con un pantalón de pijama de la misma seda que las sábanas y un torso bien moldeado. Y estaba solo en la cama. Miré a mi izquierda y el espejo no había mentido: Sheyla no estaba allí. Y aunque Sheyla era mi esposa legítima no pude evitar oír una canción que mi abuela solía canturrearnos:

*Oh mi Señor, ten piedad de mí.
Robé la mujer de otro, robé la belleza ajena,
Y ahora es el Diablo el que yace con ella.*

La abuela tenía una estrofa parecida para cada uno de los Diez Mandamientos: fuera cual fuese tu pecado, al final el Diablo era siempre el único que lo disfrutaba. El abuelo nunca debió haberse casado con una católica.

Di por hecho que mi piel era el trofeo de la noche y salí de la cama por el lado de Sheyla, agazapado como un tigre. Sobre todo tuve mucho cuidado de no exponerme a la luz de luna que entraba por las puertas de cristal. Las sombras eran mis amigas: ellas me ocultarían de mi enemigo. Eran consejos como aquél los que me hacían sentir más interés por las historias del abuelo que por las de la abuela. Él había dirigido la familia durante cuatro décadas, y había instruido a mi padre para que tomara el relevo. Él había acabado con aquel alcalde tan decidido a limpiar la ciudad.

Y mientras mi mano se acercaba al picaporte de la puerta, mi mente pensaba en una de esas historias.

La mafia no existe para tu beneficio personal, ni para el mío. Las siete familias se organizaron para proteger la ciudad, y también para proteger cada una a su gente: los anglosajones, los hispanos, los polacos... Nadie quería estar nunca más a merced de las autoridades coloniales, fuesen cuales fuesen en el futuro, ni a merced de su mayor o menor tolerancia racial. Ya se había sufrido demasiado. Por eso siete familias se hicieron poderosas entre todas, y por eso firmaron la paz entre ellas.

Y era cierto: hacía más de ochenta años que había una paz total entre las siete grandes. Aparte de la policía, lo único que nos daba problemas eran algunas bandas menores, que no se resignaban a ser segundonas y querían hacerse un hueco. Nada serio. Pero en dos semanas ya habían muerto los jefes de cuatro familias, empezando por Carpenter. ¿Quién tenía poder para hacerlo? ¿Quién? ¿Quién me estaba dando caza?

Otro crujido. ¡Allí! Disparé dos veces y planté dos agujeros en aquellas preciosas puertas de cristal. Nada. Lo que se había movido en el jardín seguía en el jardín, sin duda esperando a que yo hiciera alguna estupidez.

Pero no: se oyeron dos pasos más sobre la grava, y el intruso no tuvo reparos en mostrarse ante las puertas de cristal, como exhibiéndose ante su enemigo. Y me miró. El intruso era yo. Me sentaba muy bien el traje oscuro cruzado y la corbata de color crema, y además llevaba la barba recién arreglada.

Corrí hacia mí -hacia él- disparando hasta vaciar la pistola. Me quedé encima de la cama, jadeando, y había humo saliendo del cañón, y había un gran agujero en el cristal, y no había nadie más allí. Yo ya no estaba, quiero decir que el intruso ya no estaba. Y la sangre me latía en las sienes mientras me preguntaba si me había vuelto loco. Y aunque mi abuelo ya no estaba allí, su voz en el recuerdo me respondió con una de sus viejas historias.

El poder corrompe si nadie lo controla.

¿Y qué? Yo era corrupto pero ya no era poderoso. Estaba a solas conmigo mismo, estaba seguro de que no habría nadie más en toda la mansión. Sólo yo y yo.

El poder corrompe si nadie lo controla. ¿Tienes idea de cuánto es el poder que han acumulado las siete familias? Pero ese poder, recuerda, nació con un propósito. ¿Quién velará para que ese propósito no se pierda? ¿Quién podría controlar a las siete familias para que sus objetivos no se corrompan?

Babarûk. Al recordar su nombre supe que no estaba loco. Hubiese preferido estarlo. Mi sudor se hizo frío y por un momento mi mente se bloqueó. Bajé de la cama y abrí el cajón de mi mesilla de noche en busca de otro cargador. Mientras recargaba mi Magnum, me esforcé por recordar el resto.

Tú no eres más que un mocoso que se ha criado entre McDonald's y videojuegos. Seguramente creerás que lo que digo no es más que un delirio senil, pero para mí la magia es real como el suelo que pisas. Ya nadie cree en el vudú o la santería o los chamanes. Pero la oscuridad existe y tiene mil formas. Y los siete primeros jefes de las siete familias pensaban como yo. Por eso decidieron crear un ser nacido de la oscuridad, un ser sin alma ni conciencia ni nombre, aunque luego se le han dado muchos nombres. Y le dieron el deber y el poder de castigar a sus propios sucesores, si llegaba el día en que lo merecieran. Castigarlos con algo peor que la muerte.

Creí por un instante que no podía ser, que los cuentos infantiles no cobraban vida para purgar los pecados de nadie. Entonces la puerta de mi dormitorio se abrió a mis espaldas y yo disparé sin tiempo para ver nada. Y eso es lo que había en el umbral: nada. Con el estilo de un suicida, corrí sin precauciones hasta la puerta y salí al pasillo, apuntando a un lado y luego al otro. Nadie. Ni el más leve sonido.

Respiré tres veces. Los Kiffiru no éramos doncellas asustadizas. No me importaba si mi enemigo era sólo un eficiente asesino a sueldo con una máscara de látex o el mismísimo Satanás. Tenía que salir de allí. Saber qué había pasado con mis hombres y con Sheyla. Vengarlos si les habían dado el destino que yo sospechaba. Pero salir al jardín era

convertirme en un blanco perfecto para un francotirador. Por más que ansiara el aire fresco mi única oportunidad era que conocía mi propia casa mejor que cualquier otro.

Con mis pies descalzos me deslicé en silencio por el pasillo, hasta el final. Salí al salón, con su inmensidad y su techo alto y sus moquetas y sus muebles *art déco*. Vacío. Miré con desconfianza por aquellas cristalerías que tanto me gustaban y que tanto maldecía ahora, pero tampoco había nadie afuera. O no lo parecía. Cerca de una de las paredes, los peldaños de una pequeña escalera de caracol llevaban al segundo piso. No debía existir en todo el mundo un lugar mejor para una emboscada. Mierda, yo había proyectado aquella mansión como un capricho, un lujo, no una fortaleza. No se podía llegar hasta allí por tierra sin atravesar tres hectáreas de hermosos árboles llenas de alarmas, vigilantes y perros. Intentarlo por mar era absurdo: tenía de mi parte una costa escarpada, un oleaje del demonio y unas rocas monstruosas. Pero incluso eso me había parecido poco, y en la pared del acantilado se ocultaba un avispero de alarmas y cámaras de vídeo. ¿Quién hubiera sospechado que no sería suficiente?

No obstante, en mi carácter no había lugar para lloriqueos. Me asomé a la escalera con decisión, mirando y apuntando hacia arriba. La suave penumbra lunar no revelaba ninguna presencia. Lo cual no significaba que no hubiese alguien justo al lado de lo que yo podía ver, esperando el crujir de la madera para estar seguro de que su presa estaba subiendo y a tiro. Sin embargo, arriba estaba mi despacho y mi único teléfono seguro. Pedir ayuda desde el móvil hubiese sido una imprudencia propia de un principiante o de un marica histérico.

Eché otro vistazo al salón y revisé cada centímetro, pistola en alto. No, no había nadie. Volví a la escalera y pisé el primer escalón hasta hacerlo crujir una vez, dos veces, listo para acribillar a mi supuesto verdugo. Nadie se asomó. Probé de nuevo, sin resultado. Empecé la ascensión y por un segundo el arma tembló en mi mano. Ni siquiera respiraba cuando me acerqué al final. De hecho no se oían ni los latidos de mi propio corazón. Puse un pie un escalón por encima del otro y conté hasta tres.

Salté y todo mi cuerpo me siguió armoniosamente como el de un felino. Pocas veces en mi vida tuve los cinco sentidos tan despiertos. No había nadie esperando a que mi cabeza asomara. Aterricé agachado y casi sin ruido sobre la fría tarima de madera. Mis ojos siguieron buscando el ataque que no se producía.

Estaba en una gran sala donde todas las paredes eran ventanales. Había una barra al fondo, y dos mesas de billar en primer plano. Yo iba allí a relajarme, a practicar mis figuras de billar artístico, o a charlar con algún amigo acompañados con una copa y la impresionante vista al mar. La puerta que llevaba a mi despacho estaba a mis espaldas, y al saltar la había visto cerrada. Me incorporé. Y por increíble que me pareciera allí estaba él, de pie detrás de una de mis jodidas mesas de billar, esperándome como si tuviéramos algo que decirnos.

Pero no dijo nada. En lugar de eso metió la mano derecha en su chaqueta y yo le disparé. La bala le acertó en el hombro izquierdo y su boca se contrajo en forma de grito, pero no se oyó nada. Y tampoco se tambaleó. La sangre manaba pero él no parecía darse cuenta. Se limitó a sacar la mano derecha, y ahora empuñaba un revólver. Smith & Wesson, buena elección.

Volví a disparar, esta vez a la frente. Vi su cabeza echarse para atrás mientras la sangre saltaba, pero él volvió a mirarme como si tal cosa, con aquél orificio de entrada sobre el ojo derecho. Me eché al suelo justo cuando él me disparó a mí. Devolví el fuego

usando como barricada la mesa de billar que había entre nosotros. Me vi a mí mismo vacilar ante la fuerza de los impactos con la corbata salpicada de sangre, pero supe que eso no bastaría. Reaccioné sin pensarlo: me lancé a por él saltando por encima de la mesa, y aprovechando que había perdido el equilibrio lo agarré por el pelo y los huevos y lo empujé a toda prisa hacia el ventanal. El bastardo aún tuvo tiempo de apretar el gatillo contra mi pierna, justo antes de que su cuerpo atravesara el vidrio. Y aunque gruñí de dolor agarrándome el muslo, fue un bonito espectáculo verme caer sin ser yo el que caía.

De todos modos, era evidente que aquello no era humano. Y me vinieron a la memoria más cosas de las que había oído, esta vez en boca de mi padre.

El ser, el Babarûk, es inmortal y es indestructible. No puede morir. Así que nunca lo olvides: respeta las reglas de las siete familias y respeta el honor de tu propia sangre, los Kiffiru, o nada podrá evitar que el diablo te lleve. Y desearás estar muerto antes de que eso ocurra, ¿o no?

¿O no, o sí? Yo no lo sabía. No recordaba qué más me habían contado sobre él. Sí, ya me habían avisado de que cambiaba de forma, pero, ¿qué más? Estaba bastante claro que quería matarme: ¿Por qué había de ser mejor morir que ser asesinado por él? "Castigarlos con algo peor que la muerte", había dicho el abuelo... Pero, ¿qué? ¿Qué podía pretender?

Cojeé dolorosamente hacia la puerta de mi despacho, reprochándome el no haber prestado más oídos a aquellas historias tontas. No conseguía recordarlo todo. Sabía que sabía más, pero no conseguía recordarlo.

Desde luego, si el Babarûk debía velar por los principios con que se habían fundado las siete familias, todos los jefes podíamos darnos por muertos, igual que Carpenter y los otros. Oh sí, éramos culpables. Hacía al menos dos décadas que habíamos olvidado todo sentido del honor para concentrarnos en el lucro. Sin códigos caballerescos ni reglas absurdas: aquello eran negocios y vivíamos en los noventa. Abrí la puerta y entré en mi despacho. Me molestó tanto dejar manchas de sangre en la alfombra que casi ignoré el dolor físico.

Cuando volví a mirar al frente estaba allí afuera, escalando el maldito ventanal. Con sus heridas. Con mi cara. Con un traje cojonudo y un revólver con el que empezó a aporrear el cristal. Yo ni siquiera podía recordar lo que significaba "Babarûk". Dios, cómo hubiese deseado entonces una segunda oportunidad, si hubiese tenido tiempo de desear algo.

El ser consiguió hacer un agujero en la cristalería, y se agarró a él sin que le molestara su borde afilado. Intenté pensar, intenté recordar. No había forma de matarlo. Todas las historias coincidían en eso. Al fin y al cabo mis tatarabuelos le habían dado permiso para hacerlo si me descarriaba, si olvidaba nuestros objetivos. "La mafia no existe para tu beneficio personal". Miré cómo mi doble se colgaba de su asidero y luego se impulsaba hacia mí. Su cuerpo atravesó el cristal y yo tuve que protegerme el rostro ante los fragmentos.

Salí corriendo del despacho, dando tumbos sobre una pierna. No era un gran plan, pero al menos tenía más sentido que dispararle a algo que viviría siempre. Mientras bajaba la escalera a saltos me vino otra vaharada de recuerdos. Sheyla y mis hombres tenían que estar bien: él sólo tenía derecho a matar al jefe de la familia. Debía haberlos noqueado y encerrado en alguna parte de la mansión, para despejar la zona y evitarse interrupciones. Y en parte me sentí aliviado, sí, pero sólo en parte. No tenía esperanzas de poder encontrarlos ni de que pudieran prestarme ninguna ayuda.

Llegué al salón. Admito que consideré por un segundo la posibilidad de volver la pistola contra mí. Pero yo tenía instinto de supervivencia, y jamás me habían enseñado a rendirme. Pensé deprisa mientras le oía bajar peldaño a peldaño. La vista al mar, la vista al mar... Cojeé a toda prisa y cargué con un revistero metálico. Destrocé los cristales con el primer golpe, y di otro a la altura de mis rodillas. Atravesé mi improvisado umbral con la cabeza gacha. Y aunque mis pies desnudos habían tenido que pisar los cristales, ya estaban sobre la grava del jardín: el mar, el mar que se veía tan bien desde el segundo piso, sólo estaba a unos pocos metros.

Una bala pasó de largo junto a mi cabeza. El ser seguía disparando su revólver. ¿Cuánta munición tendría? ¿Se le acababa la munición como a todo el mundo? Yo me mordía el dolor y seguía tambaleándome con avidez hacia la barandilla rocosa. Cinco metros, cuatro, unos saltos más...

Prácticamente me desplomé sobre esa barandilla, abrazándome a ella como a un salvavidas. Los rosales me clavaron sus espinas por todo el pecho. Pero agarrado a la piedra yo veía el mar, allá abajo en la noche. Todo lo que me quedaba por hacer era saltar, sin caer sobre las rocas del rompeolas. Pensé que podía hacerlo. Si había llegado hasta allí, podía hacerlo. Y que él me siguiera si era capaz.

Aullé cuando una bala se incrustó en mi hombro. Ni siquiera había oído el disparo. Me puse en pie y me di media vuelta y apreté el gatillo una vez, diez veces, sin escuchar mi propio grito. Lo hice también para ganar tiempo. Pero lo hice porque sí.

Reuniendo todo lo que me quedaba dejé caer la pistola y salté sobre la barandilla, y con un pie y toda mi fuerza me impulsé en ella hacia el vacío.

Volé, y volar me pareció lento, muy lento. Desde pequeño yo había tenido una inevitable tendencia a la soberbia: la perdí entonces. A lo largo de mi vida adulta yo había llegado a creer que estaba preparado para todo: me reí de mi propia ingenuidad. En mi mente se grababa lúcidamente la certeza de que caería. Mi cuerpo, en pleno aire, no acababa de creérselo.

Pero qué corto fue caer; rápido como un latigazo. Vi un estallido de luz cuando mi espalda se clavó en las rocas, y creí que se me habían saltado los ojos. No lo había logrado. El intento no había estado mal para un hombre herido como yo, pero el premio de consolación era el Dolor, convertido en algo absoluto. Ni siquiera estaba muerto, hubiese sido tan dulce estarlo...

La agonía siguió adelante y mi mente entró y salió de la oscuridad. Las olas rompían cerca de mí, y de vez en cuando la espuma me salpicaba. Pasó un minuto. Intenté moverme y descubrí lo que se sentía al ser tetrapléjico. La voz de mi padre volvió a mí:

No hay huida para los desleales. Allí donde huyan, La Multitud los encontrará.

Me había roto la espina dorsal por nada, pero ya daba igual. Había perdido: que me rematase de una vez ese demonio. ¿Por qué lo llamarían "La Multitud"? ¿Quizá porque valía por muchos? Recordé que otro de sus nombres, "Babarûk", venía de un viejo dialecto africano. La traducción, según me habían dicho, era ambigua: "Sin alma y sin redención" o "Cruel sin medida". Me gustaba más la segunda.

Pasó otro minuto. Quizá la espera fuese ese castigo del que hablaba mi abuelo. Peor que la muerte. Cruel sin medida. Oh, no. No podía dejarme allí. ¡No podía dejarme!

Suspiré y casi sonreí al oír sus pasos. Ahí venía. Por el rabillo del ojo pude verme caminar sobre las rocas. Los disparos habían echado a perder aquella magnífica chaqueta,

pero en cambio la corbata quedaba incluso mejor con manchas de sangre. Mi paso seguro y mi orgulloso porte hizo que se me empañaran los ojos.

Me acordé de algo más. Era un ser de carne y hueso. Carne inmortal pero carne física al fin y al cabo, para que pudiera pisar la tierra y tocar a los seres humanos. Me pregunté de quién era la carne, a quién se la habían robado los primeros jefes de las familias. Tal vez a algún vagabundo sin amigos. Traté de imaginar la ceremonia pagana y terrible en que lo habían sacrificado para crear algo nuevo.

Mi propio rostro estaba sobre mí y me apuntaba con un revólver. Quise murmurar: "Hazlo", pero no tuve fuerzas. No fue necesario. Él me pegó un tiro en plena cara... y yo morí.

Entonces supe con horror cuál era mi castigo, mi castigo peor que la muerte. Mi cuerpo se quedó atrás mientras yo me acercaba a su boca sin poder evitarlo, y me acercaba más, y me acercaba más... Y su rostro cambió y pude ver los rostros de los que me aguardaban dentro: Carpenter, Vázquez, Skiovak, Bronzelli. Y cuando me fundí con La Multitud pude oír los lamentos angustiados de todos ellos, y añadí los míos, que desde entonces no han cesado. Nuestra prisión eterna echó a andar, alejándose de allí con el rostro de su siguiente víctima.